

vesasen el Saale por el puente de Halle, y el Elba por el puente de Dessau, cuidando de restablecer este último si estaba destruído. Ya había mandado al mariscal Davout dejar todos sus heridos en Naumburgo, y encaminarse con su cuerpo de ejército á Lipsia, y de Lipsia á Wittemberg, para ocupar el paso del Elba por este último punto. Dueño en tiempo oportuno del curso del Elba, desde Wittemberg hasta Barby, tenía las mayores probabilidades de llegar el primero á Berlín y al Óder. A su paso, aun cuando Lipsia perteneciese al elector de Sajonia, dispuso Napoleón que el mariscal Davout llevase á efecto una medida rigurosa contra los comerciantes de esta ciudad, que eran los que hacían el tráfico principal de las mercaderías inglesas en Alemania. Deseoso Napoleón de vengar en el comercio de la Gran Bretaña el odio de ésta á la Francia, proponíase intimidar á las ciudades comerciales del Norte, tales como Bremen, Hamburgo, Lubeck, Lipsia y Danzig, las cuales se consagraban á abrir á los ingleses el continente, que él por su parte ponía empeño en cerrarles. Mandó, pues, que todo comerciante declarase las mercaderías inglesas que poseía, añadiendo que si tales declaraciones aparecían falsas, se verificaría con exactitud por medio de visitas domiciliarias, y se castigarían las falsedades con las penas más severas. Todas las mercaderías declaradas debían confiscarse á favor del ejército francés.

Nuestras tropas entretanto continuaron marchando hacia el Elba. El general Bernadotte pasó este río por Barby, aunque con menos prontitud de lo que se le había encargado; y Napoleón, que se había reprimido después de la jornada de Awerstaedt, cediendo esta vez á su enojo, hizo que el príncipe Berthier dirigiese al mariscal Bernadotte una carta, en la cual tomando pie del paso tardío del Elba, se le traía con acritud á la memoria su salida precipitada de Naumburgo el día de las dos batallas de Jena y de Awerstaedt (1).

(1) Reproducimos la siguiente carta que se conserva en el depósito de la Guerra.

*El mariscal Berthier al mariscal Bernadotte.*

Halle, 21 de octubre de 1806.

El emperador, señor mariscal, me manda escribir que está muy descontento por no haber usted ejecutado la orden que recibió de encaminarse ayer á Calbe para echar un puente en la embocadura del Saale por Barby, á pesar de que debía conocer que todas las disposiciones del emperador estaban combinadas. S. M., que siente en sumo grado no haya usted ejecutado sus órdenes, le recuerda con este motivo que no asistió á la batalla de Jena, y que pudo usted comprometer la suerte del ejército y dejar frustradas las grandes combinaciones de S. M., haciendo esta batalla muy encarnizada y de éxito dudoso, pudiendo haber sido mucho menos sangrienta. El emperador, á pesar de su mucho resentimiento, no quiso hablarle á usted del particular, porque recordando sus antiguos servicios temía entristecerle, y porque el miramiento que le guarda le indujo á enmudecer; pero en la actualidad no habiéndose usted dirigido á Calbe, ni habiendo intentado el paso del Elba, ya por Barby, ya por la embocadura del Saale, el emperador se ha decidido á manifestar á usted su modo de pensar, porque no está acostumbrado á ver sacrificar sus operaciones á vanas etiquetas de mando.

El emperador, señor mariscal, me encarga también que hable á usted de otra cosa menos grave; de que á pesar de la orden que recibió ayer no ha enviado usted todavía acá tres compañías para conducir sus prisioneros. Quedan en Halle tres mil quinientos sin escolta alguna. El emperador, señor mariscal, le manda á usted enviar al momento un oficial de estado mayor al frente de tres compañías completas de cien hombres cada una, para conducir á Erfurt todos los prisioneros que hay en Halle. Aquí sólo queda la

Sin embargo, como suele acontecer cuando se siguen menos las reglas de la severa justicia que los movimientos del ánimo, Napoleón, demasiado indulgente la vez primera, fué demasiado riguroso la segunda, porque la culpa de la lentitud del mariscal Bernadotte al pasar el Elba, más que suya fué de los elementos. Lannes ocupó á Dessau, y después el puente del Elba, que los prusianos habían medio destruído, y se apresuró á restablecerlo. También el mariscal Davout al llegar á Wittemberg encontró á los prusianos ocupados en destruir el puente del Elba y prontos á volar un almacén de pólvora poco distante de la ciudad; pero los habitantes que eran sajones, y que sabían ya que Napoleón quería librar á su país de los desastres de la guerra, acudieron diligentes á salvar por sí mismos el puente de Wittemberg, á quitar las mechas, y á cooperar con los franceses para precaver una explosión. Los mariscales Davout, Lannes y Bernadotte atravesaron el Elba el 20 de octubre, seis días después de las batallas de Jena y Awerstaedt. Vemos que no se perdió una sola hora: para dos batallas campales y una acción de las más reñidas en Halle, no se empleó más tiempo que el necesario para combatir, sin que la marcha de nuestras columnas se suspendiese un solo instante. Los mismos prusianos, á pesar de la rapidez de su huida, sólo llegaron al Elba el 20 de octubre, y lo atravesaron por Magdeburgo el mismo día que los mariscales Lannes y Davout lo pasaban por Dessau y Wittemberg. Pero la diferencia estaba en que ellos llegaban en un estado de desorganización cada vez mayor, incapaces de defender su corriente inferior y sin la esperanza siquiera de ocupar antes que los franceses la línea del Óder, que era la condición de que su salvación pendía.

A pesar de su impaciencia de llegar á Berlín para encaminar sus tropas sobre el Óder, detúvose Napoleón un día entero en Wittemberg para hacer preparativos de marcha, pues tenía costumbre de multiplicarlos á medida de la distancia á que se proponía llevar la guerra. Ya al internarse en Austria le vimos proporcionar puntos de apoyo en Augsburgo, Braunau y Linz; mas siendo mucho más considerable la expedición que ahora emprendía, quería establecer en su ruta parajes seguros para sus soldados cansados ó enfermos, para los reclutas que recibía de Francia, y para el material de víveres y municiones que se proponía reunir. Después de tomado Erfurt cambió su línea de etapas, y en vez de hacerla atravesar la Franconia, que era la provincia por donde había penetrado en Prusia, la volvió á dar su dirección natural llevándola por la carretera ordinaria y central de Alemania, esto es, por Maguncia, Francfort, Eisenach, Erfurt, Weimar, Naumburgo, Halle y Wittemberg. Erfurt estaba bastante bien defendida, y había en ella material considerable, por lo cual la destinó Napoleón á servir de primera estación de la ruta militar que quería trazar cruzando la Alemania. Wittemberg poseía antiguas fortificaciones medio destruídas, y por esta razón, aunque más todavía por causa del puente que tenía sobre el Elba, mandó Napoleón rehabilitar esta plaza, al menos en lo posible, atendido el tiempo

guardia imperial y no quiere el emperador que vaya escoltando á los prisioneros hechos por su cuerpo de usted. Son las nueve, y no se trata en modo alguno de las tres compañías que ayer le pedí á usted.

(N. del A.)

de dos ó tres semanas. Puso á disposición del general Chasseloup una gran suma para emplear seis ó siete mil jornaleros del país, y construir á falta de fortificaciones regulares obras de campaña de gran relieve. Hizo descalzar las antiguas escarpas, levantar las que carecían de la necesaria altura, y no dando lugar el tiempo para emplear la albañilería, substituir á la piedra la madera, que era muy abundante en los bosques vecinos. Levantáronse inmensas empalizadas, y se edificó en cierto modo un campamento romano como los que solían construir los antiguos conquistadores del mundo en las Galias y en la Germania. Hizo Napoleón en la misma ciudad de Wittemberg construir hornos, reunir granos y amasar galleta. También quiso que se reuniese allí el parque grande de artillería y que se organizaran talleres de reparación; se apoderó de los edificios y parajes públicos para establecer en ellos hospitales capaces de alojar los heridos y enfermos de un ejército numeroso, y por último, mandó poner en batería en los improvisados baluartes de aquel vasto depósito, más de cien bocas de fuego de grueso calibre cogidas en su marcha victoriosa. Había nombrado gobernador de Erfurt al general Clarke, y nombró gobernador de Wittemberg á uno de sus edecanes, el general Lemarrois. Los heridos, divididos en dos secciones, de heridos que podrían volver á las filas en breve, y de los que necesitaban mucho tiempo para restablecerse, se partieron entre Wittemberg y Erfurt. Los heridos de consideración fueron enviados á Erfurt, y los otros quedaron en Wittemberg para poderse reunir inmediatamente con sus respectivos cuerpos; con lo cual cada regimiento tenía en esta última ciudad un depósito de campaña, además del depósito general que había en Francia. Todos los soldados cansados ó levemente indispuestos debían ingresar en aquel parque, para que después de asistidos por unos cuantos días, volviesen á emprender su marcha, sin diseminarse por los caminos y sin presentar en ellos el espectáculo de una cola de rezagados, enfermos é inútiles, cada vez mayor, según la rapidez de los movimientos y la prolongación de la guerra. Los destacamentos de reclutas procedentes de Francia, en cuerpos organizados, debían detenerse en Erfurt y Wittemberg para que se les pasara revista, se les proveyese de lo que habían menester y se los encaminase con los dados de alta hacia sus regimientos respectivos.

Mandó por último Napoleón enviar á estos mismos depósitos, pero principalmente al de Wittemberg, los muchos buenos caballos que por todas partes se cogían en Alemania. Dispuso que todos los regimientos de caballería fuesen por turno pasando por ellos para verificar su remonta, é igual orden recibieron los dragones que iban desde Francia á pie, los cuales debían encontrar allí las monturas que no habían podido proporcionarse en Francia. De este modo reunía Napoleón en dichos puntos, como en un asilo bien defendido, todos los recursos del país conquistado, que sabía aplicar á su propio uso quitándoselos al enemigo. Eran aquéllos, en su marcha victoriosa y progresiva, otras tantas estaciones de descanso copiosamente abastecidas de víveres, municiones y material de guerra, situadas en el camino por donde recibía el ejército sus tropas de refuerzo; y en caso de tenerse que replegar, eran otros tantos puntos de apoyo de la línea de retirada.

TOMO VII

Después de verlo todo y disponerlo personalmente, dejó Napoleón á Wittemberg y se encaminó á Berlín. Quería el destino que en el espacio de un año entrase vencedor en las dos capitales de Berlín y Viena. El rey de Prusia, que le había escrito demandando la paz, envió á su encuentro á Mr. de Lucchesini para negociar un armisticio; pero Napoleón no quiso recibirle, y confió al mariscal Duroc el cuidado de dar al ministro del rey Federico Guillermo la respuesta que requerían las circunstancias. En efecto, conceder un armisticio era dar á los rusos tiempo de socorrer á los prusianos, y esta razón militar no permitía réplica, á no ser que se abriese una negociación con poderes formales de la Rusia y de la Prusia para tratar inmediatamente de la paz, bajo las condiciones que Napoleón tenía derecho de imponer después de sus últimas victorias.

Dió pues á todos sus cuerpos la orden de marchar sobre Berlín. El mariscal Davout debía salir de Wittemberg por la vía recta de Wittemberg á Berlín, es decir, por Juterbock, y Lannes y Augereau por la de Treuenbrietzen y Potsdam. Napoleón con la guardia de infantería y caballería ya reunida, y reforzado además por siete mil granaderos y cazadores, marchaba entre estas dos columnas. Quería que el mariscal Davout entrase el primero en Berlín en premio de la jornada de Awerstaedt, y recibiese las llaves de la capital de mano de los magistrados. Él por su parte, antes de pasar á Berlín se proponía detenerse en Potsdam en el retiro del gran Federico. Los mariscales Soult y Ney debían sitiarse á Magdeburgo, y Murat permanecer emboscado algunos días en sus contornos para capturar las partidas dispersas de prófugos que acudían allí á bandadas.— Esa plaza, le escribía Napoleón, es una ratonera en que debe usted coger con su caballería todas las partidas sueltas que buscan un paraje seguro para atravesar el Elba.— Debía luego Murat reunirse con el grande ejército en Berlín para dirigirse de allí al Óder.

Después de haber dejado adelantarse un tanto sus tropas, partió el 24 de octubre, y pasó por Kropstadt para trasladarse á Potsdam. Viajando á caballo le sobrecogió una fuerte tempestad, á pesar de haber hecho siempre buen tiempo desde el principio de la campaña; y aunque nunca acostumbraba á detenerse por semejante motivo, habiéndole ofrecido guarecerse del oraje en un caserío situado en medio de los bosques, propio de un montero de la corte de Sajonia, aceptó el ofrecimiento; y los oficiales franceses, á quienes por temor tanto como por cortesía parecía necesario dar buena acogida, fueron recibidos en torno de un buen fuego por varias mujeres que por su lenguaje y su vestido parecían personas de clase distinguida. Todas al parecer ignoraban quién fuese el principal de aquellos oficiales á quien los otros rodeaban con muestras de respeto, hasta que una de ellas, joven todavía, profundamente conmovida exclamó: ¡Es el emperador!—¿De qué me conoce usted?, la dijo Napoleón secamente.— Señor, respondió ella, yo he estado con V. M. en Egipto.—¿Y qué hacía usted en Egipto?—Mi marido era un oficial que murió á vuestro servicio. Solicité después una pensión para mí y para mi hijo; pero como extrajera no he podido conseguirla y he venido á esta casa, cuya señora se ha dignado ampararme confiándome la educación de sus hijos.—El semblante de Napoleón,

en un principio severo por el disgusto de ser reconocido, cambió de expresión de repente.—Bien está, señora, le dijo con dulzura, tendrá usted su pensión, y por lo que hace á su hijo yo me encargo de educarlo.

Quiso aquella misma noche firmar ambas resoluciones, y dijo sonriendo: Nunca me había sucedido ninguna aventura en un bosque durante una tempestad, pero ésta ha sido una, y no de las peores.

Llegó á Potsdam el 25 de octubre por la tarde, y al punto fué á visitar el retiro de aquel gran capitán y gran rey, que se daba á sí propio el nombre de filósofo de *Sans-Souci* (filósofo sin cuidados), y no sin razón, porque atendida la indiferencia y el desprecio con que parecía llevar el peso de la espada y la corona burlándose de todas las cortes de Europa, hasta se podría añadir sin cuidado de sus pueblos si no hubiese puesto tanto esmero en su buen gobierno. Recorrió Napoleón los dos palacios grande y pequeño de Potsdam, hizo que le enseñasen las obras de Federico, todas llenas de notas de Voltaire, procuró investigar por su biblioteca de qué libros se nutría aquel gran talento, y después fué á la iglesia de Potsdam á ver el humilde sepulcro donde descansa el fundador de la Prusia. Conservábase en Potsdam su espada, su cinturón y su cordón del Águila Negra, y al punto que los vió, los tomó Napoleón exclamando:—He aquí un buen regalo para mis Inválidos, y sobre todo para los que han servido en el ejército de Hannover. Buen día van á tener cuando vean en poder nuestro la espada del que los venció en Rosbach!—Al apoderarse Napoleón con tanto respeto de aquellas preciosas reliquias no ultrajaba seguramente ni á Federico ni á la nación prusiana; pero ¡cuán extraordinaria y digna de meditación es la cadena misteriosa que une, confunde, separa ó aproxima las cosas de este mundo! ¡Extraño encuentro el de Federico y Napoleón en aquel sagrado asilo! El rey filósofo que, sin sospecharlo siquiera, había sido desde la elevación al trono uno de los promotores de la revolución francesa, tendido ahora en su huesa, recibía la visita del general de aquella misma revolución, ya emperador, ya conquistador de Berlín y de Potsdam. El vencedor de Rosbach era visitado por el vencedor de Jena: ¡que espectáculo! ¡Desgraciadamente no eran las últimas estas vicisitudes de la inconstante fortuna!

Mientras el cuartel general estaba en Potsdam, el mariscal Davout entraba el 25 de octubre en Berlín con su cuerpo de ejército. El rey Federico Guillermo al retirarse había entregado la ciudad de Berlín al gobierno del paisanaje, presidido por un personaje calificado, el príncipe de Hatzfeld.

Los representantes de la clase civil ofrecieron al mariscal Davout las llaves de la capital, y éste se las devolvió diciendo que pertenecían á otro más grande que él, significando á Napoleón. Dejó sólo un regimiento en la ciudad para auxiliar á la policía con la milicia nacional, y después fué á establecerse á una legua de distancia á Friederichsfeld, en una posición fortificada, con la derecha en el Sprée y la izquierda entre bosques. Por disposición de Napoleón se acampó militarmente con la artillería, una parte de sus soldados consignada al campamento, y la otra con encargo de ir á inspeccionar alternativamente la capital conquistada por sus hazañas. Mandó construir barracas de paja y

madera de pino para que se abrigasen en ella las tropas de los rigores de la estación. No era necesario recomendar al mariscal Davout la disciplina: con él sólo había que cuidar de hacerla menos severa. Prometió el mariscal Davout á los magistrados de Berlín respetar personas y propiedades, como deben hacerlo los conquistadores civilizados, siempre que los habitantes cooperasen por su parte con una sumisión completa y la indispensable prestación de víveres por el corto tiempo que el ejército permaneciese dentro de sus muros: lo cual para una ciudad como Berlín no podía ser una carga demasiado molesta.

En cumplimiento de la palabra dada, al día siguiente de la entrada de los franceses en Berlín todas las tiendas estaban abiertas; los habitantes circulaban pacíficamente por las anchurosas calles de esta capital, y aun con más afluencia de la acostumbrada. Parecían mostrar á un mismo tiempo curiosidad y pesadumbre, impresiones naturales en un pueblo patriótico, pero activo é ilustrado, sensible á todo lo grande, y á fuer de celoso de su gloria, ansioso de conocer á los generales y soldados más célebres que había á la sazón en el mundo. Por otra parte censuraban á su gobierno de haber emprendido una guerra insensata, y esta desaprobación no podía menos de atenuar el rencor que tuviesen á unos vencedores provocados. El mariscal Lannes fué enviado sobre Potsdam y Spandau, el mariscal Augereau atravesó á Berlín siguiendo al mariscal Davout, y Napoleón después de haber permanecido los días 25 y 26 en Potsdam y el 27 en Carlotemburgo, fijó el día 28 para su entrada en Berlín.

Nunca hasta entonces le había sucedido entrar triunfante como Alejandro ó César en una capital conquistada. No había entrado de ese modo en Viena, que apenas visitó, viviendo siempre en Schenbrunn lejos de las miradas de los habitantes de la corte; pero ahora, trastornándole el cerebro, como no tenía de costumbre, su vanidad, por haber destrozado un ejército que se tenía por invencible, ó su deseo de asombrar á la Europa con un espectáculo deslumbrador, ó finalmente la embriaguez de la victoria, eligió la mañana del día 28 para hacer su entrada triunfal en Berlín.

Toda la población de la ciudad estaba alerta para presenciar aquella grande escena. Entró Napoleón rodeado de su guardia y siguiéndole los soberbios coraceros de los generales d'Hautpoul y Nansouty; aquel día la guardia imperial lujosamente vestida, parecía más formidable que nunca. Iban delante los granaderos y cazadores de infantería, detrás los granaderos y cazadores de caballería, en medio los mariscales Berthier, Duroc, Davout y Augereau, y en el centro mismo de este grupo, dejándole todos como aislado por respeto, Napoleón, con el traje sencillo que llevaba así en las Tullerías como en los campos de batalla: Napoleón, objeto de todas las miradas de una multitud inmensa, silenciosa, embargada á un mismo tiempo de tristeza y de admiración; tal fué el espectáculo que presenció la ciudad de Berlín en la larga y anchurosa calle que va de la puerta de Carlotemburgo al palacio de los reyes de Prusia. El pueblo ocupaba las calles, y la clase acomodada y poderosa las ventanas. La nobleza por su parte había huído temerosa y confundida. Las mujeres de aquel paisanaje prusiano parecían ansiar todas el es-

pectáculo que presenciaban sus ojos: algunas de ellas derramaban lágrimas; ninguna exhalaba voces de rencor ni de adulación hacia el vencedor! Feliz la Prusia por no hallarse dividida y saber conservar su dignidad en medio de tan gran desastre! La entrada del enemigo no significaba allí la ruina de un partido y el triunfo de otro, no había en todo el país una sola facción indigna que experimentase á la sazón un odioso júbilo, aplaudiendo la presencia de soldados extraños! Nosotros los franceses, más desgraciados en nuestros reveses, hemos presenciado ese júbilo execrable, porque todo lo hemos alcanzado en este siglo, el colmo de la victoria y de la derrota, de la grandeza y de la abyección, de la lealtad más pura y de la traición más infame!

Recibió Napoleón de mano de la magistratura las llaves de Berlín, y después se encaminó al palacio, donde dió audiencia á todas las autoridades públicas; usó de un lenguaje afable y tranquilizador, prometió el orden en nombre de sus soldados, con la condición de que también los habitantes le mantendrían por su parte, y sólo se mostró severo con la aristocracia alemana, que era, como él decía, la única autora de los males de Alemania que había osado provocarle al combate, y á la cual castigaría él reduciéndola á mendigar su pan en Inglaterra. Se instaló en el palacio del rey, donde recibió á los ministros extranjeros, representantes de las cortes aliadas, y mandó llamar á Berlín á Mr. de Talleyrand.

Sus boletines, que venían á ser una relación de todas las acciones que el ejército acababa diariamente, interpolada con frecuencia con réplicas vehementes contra sus enemigos, recopilaciones de pensamientos políticos y lecciones para los reyes y los pueblos, que él dictaba con su acostumbrada celeridad, solían ser revisados por Mr. de Talleyrand antes de ver la luz pública. Contaba Napoleón en ellos todos los progresos que hacía en el territorio enemigo, y hasta lo que sabía con respecto á las causas políticas de la guerra. En los que publicó en Prusia afectó prodigar homenajes y tributos de admiración á la memoria de Federico el Grande, y muestras de aprecio hacia su desgraciado sucesor haciendo despuntar no obstante cierta compasión hacia su debilidad, y los más virulentos sarcasmos contra las reinas que se entrometen en los negocios de Estado y exponen á sus maridos y á su país á tremendos desastres; tratamiento poco generoso, en verdad, para la reina de Prusia, la cual ya sufría bastante el peso de sus errores y de su desgracia, para que se le añadiese el ultraje al infortunio, de modo que esos boletines en que aparecía con tanto desenfado la licencia del soldado vencedor, atraieron á Napoleón varias censuras en medio de las exclamaciones de admiración que sus triunfos arrancaban á sus mismos enemigos.

Exaltado contra el partido prusiano, promotor de la guerra, recibió severamente á los enviados del duque de Brunswick que había salido mortalmente herido de la batalla de Awerstaedt, y que antes de expirar recomendaba al vencedor sus súbditos y su familia. — ¿Qué tendría que decir, les respondió Napoleón, el que aquí os envía, si yo introdujese en la ciudad de Brunswick la subversión con que él amenazaba hace quince años á la capital del gran pueblo que yo mando? El duque de Brunswick desaprobó el manifiesto insensato de 1792,

y era de creer que con la edad empezara en él la razón á dominar sobre las pasiones; pero vuelve nuevamente á sostener, con la autoridad de su nombre, las locuras de una juventud atolondrada que ha perdido á la Prusia. A él era á quien tocaba poner en su verdadero lugar á las mujeres, á los cortesanos y á los oficiales imberbes, é imponer á todos la autoridad de sus canas, de sus luces y de su posición. No ha tenido energía para hacerlo, y la monarquía prusiana yace derribada, y los Estados de Brunswick están en mi poder. Decid al duque de Brunswick que le guardaré todos los miramientos debidos á un general desgraciado justamente célebre y herido por el hierro que puede alcanzarnos á todos; pero que en un general del ejército prusiano no puedo ver á príncipe soberano ninguno. — Estas palabras, publicadas por el órgano usual de los boletines, daban á entender que Napoleón trataría la soberanía del duque de Brunswick lo mismo que había tratado la del elector de Hesse. Por lo demás, si se mostraba severo con unos, asaz benévolo y generoso se mostraba con otros, cuidando de proporcionar sus miramientos según la mayor ó menor participación que cada cual había tenido en la guerra. Sus expresiones hacia el anciano mariscal de Mollendorf fueron corteses y decorosas. Estaba en Berlín el príncipe Fernando, hermano de Federico el Grande y padre del príncipe Luis, con su esposa la princesa; también se hallaban allí la viuda del príncipe Enrique y dos hermanas del rey, la una de parto y la otra enferma, y Napoleón visitó á estos individuos de la familia real con todas las muestras de un respeto profundo, causandoles grande emoción aquellos homenajes de tan alta prez, por cuanto no había á la sazón soberano cuyas atenciones fuesen codiciadas como las suyas. En la situación á que había llegado sabía calcular sus más leves muestras de severidad ó benevolencia. Usando en aquel momento del derecho de interceptar las correspondencias, que pertenece á todos los generales en tiempo de guerra, para descubrir la marcha del enemigo, cogió una carta del príncipe de Hatzfeld, en que éste parecía informar al príncipe de Hohenlohe de la posición del ejército francés sobre Berlín. El príncipe de Hatzfeld, como jefe del gobierno municipal establecido, había prometido, bajo juramento, no intentar cosa alguna contra el ejército francés y no ocuparse sino en la tranquilidad, seguridad y bienestar de la capital: era este un compromiso de mera lealtad con el vencedor, el cual consentía que subsistiese en beneficio del país vencido una autoridad que hubiera podido abolir. El delito era ciertamente muy digno de disculpa por cuanto procedía del más honroso de todos los sentimientos, que es el patriotismo; pero temiendo Napoleón que los demás burgomaestres imitasen su ejemplo, con lo cual el enemigo hubiera llegado á conocer todos sus movimientos hora por hora, quiso intimidar á las autoridades prusianas con un acto ruidoso de severidad, y se holgó en cierto modo de que este escarmiento recayese en uno de los principales personajes de la nobleza, acusado de haber sido partidario ardiente de la guerra: acusación falsa, porque el príncipe de Hatzfeld era uno de aquellos magnates prusianos en quienes la cultura y la moderación corrían parejas. Hizo Napoleón llamar al príncipe Berthier y encargó al mariscal Davout, con cuya

severidad contaba, que nombrase una comisión militar para aplicar á la conducta del príncipe de Hatzfeld las leyes de la guerra contra el espionaje. El príncipe Berthier, al saber la resolución que había tomado Napoleón, hizo en vano los mayores esfuerzos para disuadirle. Los generales Rapp, Caulaincourt y Savary, no atreviéndose á hacer observaciones que sólo podrían parecer bien en boca del mayor general, estaban aterrados, y no sabiendo á que otro medio recurrir ocultaron al príncipe en el mismo palacio so pretexto de hacerle prender y en seguida avisaron á la princesa de Hatzfeld, dama notable por sus prendas, y á la sazón encinta, del peligro que corría la vida de su marido. Corrió ésta en busca del emperador: aún era tiempo, porque la comisión reunida pedía las pruebas del delito; Napoleón, de vuelta de una excursión por la ciudad, acababa de apearse del caballo, la guardia daba el toque acostumbrado, y atravesaba aquél el umbral de palacio, cuando la princesa de Hatzfeld se le presentó conducida por Duroc y anegada en lágrimas. Con semejante sorpresa no podía negarse á recibirla y le concedió audiencia en su gabinete. Estaba la princesa muerta de terror; Napoleón, un tanto conmovido, la mandó acercar y la enseñó la carta interceptada. «Ahora bien, señora, le dijo, ¿reconocéis la letra de vuestro marido?» La princesa temblaba, no sabía qué responder; pero encargándose él mismo de tranquilizarla: «Arrojad al fuego ese documento, añadió, y la comisión militar caerá de pruebas de convicción.»

Este acto de clemencia, que no pudo Napoleón rehusar después de haber visto á la princesa de Hatzfeld, le repugnaba sin embargo, por lo que convenia á sus miras el intimidar á la nobleza alemana y particularmente á los magistrados de las ciudades que revelaban al enemigo el secreto de sus operaciones. Más adelante conoció al príncipe de Hatzfeld, hizo el debido aprecio de su noble condición y su talento, y se alegró de no haberle entregado á la justicia militar. Felices los gobiernos cuando tienen amigos prudentes que saben moderar sus rigores demorando su cumplimiento; no es menester que esta demora sea muy larga para que ellos dejen de querer aquellos mismos actos á que se inclinaban en un principio con la mayor vehemencia.

Napoleón, en aquel intervalo, no había cesado de dirigir los movimientos de sus lugartenientes contra los restos del ejército prusiano. Situado en Berlín con sus principales fuerzas, interceptaba á los prusianos la vía recta desde el Elba al Óder, y para llegar á este último río sólo les dejaba caminos tortuosos casi impracticables y fáciles de inutilizar. La ciudad de Berlín, en efecto, se halla situada entre el Elba y el Óder, á igual distancia de estos dos ríos. Las llanuras de arena de que hemos ya hablado, al aproximarse al Báltico hacia Mecklemburgo, se levantan formando dunas y presentando una serie de lagos, de todas magnitudes, paralelos al mar y á los cuales no ha sido posible dar nombre por su prodigioso número. El desagüe de estos lagos, no pudiendo verificarse directamente en la mar por causa de la cadena que forman las dunas, se verifica tierra adentro por medio de una corriente poco caudalosa y asaz lenta que con el nombre de Hável corre hacia Berlín, donde se une con el Sprée, procedente de una dirección opuesta, esto es, de la Lusacia, provincia

que separa la Sajonia de la Silesia; confundidos el Hável y el Sprée cerca de Berlín, se dilatan en torno de Spandau y de Potsdam, formando nuevos lagos que cuidó de embellecer la mano de Federico el Grande, y torciendo luego á la izquierda van á desaguar al Elba, describiendo de este modo una línea transversal que por un lado une á Berlín con este río y por el otro, continuando en el canal de Finow, junta la capital con el Óder. Por este país, surcado por corrientes naturales y artificiales y cubierto de lagos, bosques y arenales, debían huir los restos dispersos del ejército prusiano. Napoleón, establecido desde el 25 de octubre en Potsdam y en Berlín, estaba en posición de sorprenderlos en todas sus direcciones. Tenía el cuerpo de Lannes en Spandau, los cuerpos de Augereau y de Davout en el mismo Berlín, y por último el de Bernadotte al otro lado de la capital, todos ellos prontos á marchar al primer indicio que se tuviese de la dirección tomada por el enemigo. Napoleón tenía además diseminada la caballería por los contornos de Berlín y de Potsdam y por las orillas del Hável y del Elba para proporcionar-se noticias.

Ya Spandau se había rendido. Esta plaza, situada en las inmediaciones de Berlín, entre el Sprée y el Hável, fuerte por su posición y sus baluartes, hubiera podido oponer una larga resistencia; pero fueron tales la presunción y la incuria del gobierno prusiano, que ni siquiera armó la plaza á pesar de existir en sus almacenes un material considerable. El 25, día en que el mariscal Davout entró en Berlín, se presentó Lannes bajo los muros de Spandau y amenazó á su gobernador con el más severo castigo si no se rendía. No había cañones en los muros, y la guarnición, participando del terror que se había apoderado de todos los ánimos, pedía capitular. Vió Lannes al gobernador, que era un veterano á quien las canas habían quitado la energía; le aterró contándole los desastres del ejército prusiano y le arrancó una capitulación, en cuya virtud la plaza fué inmediatamente entregada á los franceses, y la guarnición declarada prisionera de guerra. Era menester toda la imprevisión del gobierno, que había descuidado la defensa de aquella fortaleza, y todo el desaliento que reinaba, para explicar una capitulación tan extraña.

El emperador se trasladó precipitadamente á Spandau, y resolvió que le sirviese de tercer depósito en Alemania. Este nuevo reducto ofrecía tanta más ventaja cuanto que se hallaba situado á tres ó cuatro leguas de Berlín, rodeado de agua, perfectamente fortificado y con una inmensa cantidad de granos. Mandó Napoleón armarle inmediatamente, construir en él hornos, reunir municiones, organizar hospitales y poner allí finalmente los mismos establecimientos que en Erfurt y en Wittenberg. Inmediatamente envió á Spandau toda la artillería, los fusiles y las municiones de guerra que había encontrado en Berlín; había en esta capital trescientas bocas de fuego, cien mil fusiles y mucha pólvora y proyectiles. Esta considerable cantidad de material, reunida á un depósito de granos de la mayor importancia, quedó preservada de aquel modo contra cualquier intenciona del pueblo de Berlín, pueblo actualmente dócil y calmado, pero que si nosotros llegáramos á sufrir algún revés podía fácilmente convertirse de sumiso en amotinado.

Mientras se dictaban estas medidas de precaución, la caballería ligera con sus no interrumpidas correrías había revelado la marcha del ejército prusiano. Los once días transcurridos desde la batalla de Jena, que los franceses habían empleado en llegar al Elba, atravesarlo y ocupar á Berlín, fueron invertidos por los prusianos en llegar también al Elba, reunir allí sus esparcidas reliquias y subir después hacia Mecklemburgo, para tomar con un rodeo por el Norte la línea del Óder. Descubierta este movimiento hacia Mecklemburgo, envió Napoleón á Murat sobre Oraniemburgo y Zehedenick para que continuase por las orillas del Hável y del canal de Finow. Por la longitud de estas líneas militares, y protegido por ellas, debía dirigir su marcha el príncipe de Hohenlohe. Mandó Napoleón ir las flanqueando, manteniéndose siempre entre el enemigo y el Óder, y después, cuando hubieran quedado atrás los prusianos, tratar de envolverlos para no dejarles escapar un solo hombre. El mariscal Lannes fué encaminado en pos de Murat con encargo de marchar con la misma celeridad que la caballería. El mariscal Bernadotte recibió orden de seguir á Lannes; el mariscal Davout, después de los tres ó cuatro días de descanso que necesitaba, tuvo que trasladarse á Francfort sobre el Óder, y el mariscal Augereau con la guardia permaneció en Berlín. Los mariscales Ney y Soult, como ya dijimos, tenían encargo de sitiar á Magdeburgo.

El desgraciado príncipe de Hohenlohe había tomado en efecto la resolución que se le atribuía: acosado por los franceses, había llegado á Magdeburgo, esperando encontrar allí descanso, víveres, material de guerra, y sobre todo el tiempo necesario para la reorganización de su ejército: ¡vana esperanza! La misma falta de precauciones, para el caso de una retirada, tan fácil de prever, se reproducía siempre. No había en Magdeburgo más provisiones que las indispensables para la guarnición: su anciano gobernador Mr. de Kleist, después de haber acudido á las primeras necesidades de los fugitivos y de haberles dado un poco de pan, se negaba á alimentarlos por más tiempo, por temor de cercenar sus propios recursos si llegaba á ponerse sitio. Los bagajes se habían aglomerado de tal manera dentro de Magdeburgo, que el ejército no había podido alojarse, siendo menester situar á la caballería en los glacies y á la infantería en los caminos públicos. Llegó el caso de tener que pasar las tropas prusianas al otro lado del Elba, por el continuo incremento de la caballería francesa que aprisionaba destacamentos enteros bajo el tiro de cañón de la plaza. Espantado por fin Mr. de Kleist del desorden que reinaba dentro y fuera de Magdeburgo, instó ahincadamente al príncipe de Hohenlohe á que continuase su retirada hacia el Óder y le dejase la libertad que había menester para defenderse. El príncipe de Hohenlohe por lo tanto sólo tuvo dos días para reorganizar un ejército que ya sólo se componía de despojos y en el cual había que reunir muchos batallones para formar uno solo. Además, habiendo sido llamado por el rey á la Prusia oriental el mariscal Kalkreuth, el príncipe de Hohenlohe quedaba encargado de reunir las dos divisiones de reserva y precisado á ir á buscarlas hacia el Elba inferior por muy debajo de Magdeburgo.

En medio de estos apuros el príncipe de Hohenlohe

emprendió su marcha en tres columnas: á su derecha el general Schimmelpfenning con un destacamento de infantería y de caballería debía proteger al ejército por el lado de Potsdam, Spandau y Berlín, costear primeramente el Hável, y después de haber subido lo bastante para girar por Berlín, dirigirse á lo largo del canal de Finow y flanquear de este modo la retirada hasta Prenzlau y Stettin, pues por causa de la posición de los franceses no era posible tomar el Óder sino por su desembocadura. El grueso de la infantería, ocupando el centro á igual distancia del cuerpo de Schimmelpfenning y del Elba, debía marchar por Genthim, Rathe-nau, Gransée y Prenzlau. La caballería que esperaba ya á las orillas del Elba, donde aprovechaba la abundancia del forraje, debía continuar por aquellas mismas orillas por Jerichow y Hávelberg, dejándolas en seguida para encaminarse al Norte y llegar por Wittstock, Mirow, Strelitz y Prenzlau al punto de reunión de Stettin.

El cuerpo del duque de Weimar y el parque grande, conducidos por el general Blücher, habían felizmente rodeado el Hartz por el Hesse y el Hannover, sin que les molestasen mucho los franceses que se habían apresurado á tomar el Elba. El duque de Weimar, por medio de una maniobra bastante acertada, había conseguido sorprender la vigilancia del mariscal Soult, porque aparentando en un principio acometer la línea de asedio que rodeaba á Magdeburgo, y desapareciendo de repente, pasó velozmente el Elba por Tangerminda y ocupó su orilla derecha. Llevaba consigo de doce á catorce mil hombres. El general Blücher había pasado el río por más abajo. El príncipe de Hohenlohe señaló al duque de Weimar el pueblo de Stettin como punto de reunión convenido para que llegase á él cruzando el Mecklemburgo, y encargó al general Blücher el mando de las tropas vencidas en Halle, tropas que habían pasado del mando del duque de Wurtemberg al del general Nátzmer. Tenía encargo el general Blücher de formar con ellas la retaguardia del ejército prusiano.

Si estas fuerzas hubieran logrado evitar á los franceses y tomar á Stettin, hubieran podido, después de reorganizadas y reunidas al contingente de la Prusia oriental, formar al otro lado del Óder un ejército de alguna consideración, dándose últimamente la mano con los rusos; porque el príncipe de Hohenlohe conservaba por lo menos veinticinco mil hombres, el cuerpo de Nátzmer con los otros restos del general Blücher contaba con unos nueve ó diez mil, las tropas del duque de Weimar ascendían á trece ó catorce mil, y todas estas fuerzas, que formaban una masa total de cerca de cincuenta mil hombres, reunidas con otros veinte mil que no habían salido de la Prusia oriental, podían hacer aún un papel importante combinando con las fuerzas rusas sus setenta mil combatientes. Para defender á Magdeburgo quedaban veintidós mil hombres. Pero los sajones habían vuelto á sus hogares, aprovechándose con premura de la clemencia de Napoleón para con ellos.

El príncipe de Hohenlohe tenía que verificar su retirada por el centro de un país pobre, de difícil tránsito, y por entre los numerosos escuadrones de la caballería francesa. Ésta, que al principio respetaba en cierto modo á la caballería prusiana, cuyo mérito oía ponderar, alentada ahora por sus triunfos, había llegado á tal osadía